
LA COMPRENSIÓN DE LO QUE JESÚS VIVIÓ HUMANAMENTE FUNDAMENTA LA ORIGINALIDAD DE LA VIDA ESPIRITUAL CRISTIANA

Marcel Légaut
Junio 1980 ⁽¹⁾

I

La vida espiritual no es especialidad de los cristianos. Muchas personas no cristianas poseen una elevada espiritualidad. Es verdad que ésta no es totalmente independiente de la tradición cristiana, pero la posible relación de esas personas con esa tradición (tanto si son conscientes de ella como si sólo la viven implícitamente) es indirecta y tiene una mínima influencia en comparación con lo que reciben de las tradiciones locales y patrias.

Lo que debería caracterizar al cristiano, si no es la manera como accede a la vida espiritual, al menos es cómo la desarrolla y qué es lo que la anima. De lo contrario, sólo sería un pagano (y no le doy a este término ningún sentido peyorativo); un pagano que se habría puesto el uniforme cristiano y tomado prestado algo del vocabulario, de la sensibilidad y de las doctrinas profesadas por las Iglesias.

La vida espiritual es una vida fundamentalmente humana en la que, sin embargo, muy pocas personas progresan –y a menudo de forma ambigua–. Y, cuando lo hacen, es gracias a las resacas de su fondo humano, bajo el empuje de una herencia que se remonta hasta la noche de los tiempos...

La forma propiamente cristiana de la vida espiritual no se limita a fundamentarse en las doctrinas sobre Jesús que las Iglesias fueron

⁽¹⁾Aparecido en *Les Cahiers protestants*, n° 3, Junio de 1980.

edificando a lo largo de los siglos, sino que se fundamenta, sobre todo, en la comprensión de lo que Jesús vivió realmente hace veinte siglos en un pequeño país del Medio Oriente, durante unos pocos años. Hombre como todos los de su pueblo y los de su tiempo, y, sin embargo, tan distinto que sus discípulos se adhirieron a él de una manera completamente singular, a pesar de todos los obstáculos y dificultades que su fe en él encontraba, no sólo a su alrededor sino también en ellos mismos.

Por tanto, para ser cristiano en el sentido original del término, no basta con “pertenecer” a una confesión cristiana (cosa cada vez más evidente) sino que es preciso convertirse en discípulo de Jesús por medio de una búsqueda personal que lleve a cada uno a caminar, por su cuenta y riesgo, de tal modo que, al final, su andadura se parezca mucho, en lo esencial, a la de aquellos primeros judíos que lo siguieron hasta el fin.

Esta andadura tiene que partir de lo que se nos dice de Jesús en las Escrituras. Y tiene que inspirarse también en la abundante rumia que de ello se hizo durante siglos y que condujo a las doctrinas que las Iglesias profesan.

La comprensión de lo que Jesús vivió, el conocimiento interior de quién fue, pide una actividad que se arraiga en la totalidad de la persona. Así como el intento de comprender interiormente a otro pide una entrega tan completa como sea posible, así también el intento de comprender interiormente a Jesús. Sin embargo, esta comprensión interior es aún más exigente, pues, en este caso, nos encontramos ante un ser extraordinario cuya dimensión nos sobrepasa con toda su altura.

Su grandeza, ¿no condujo a sus discípulos a afirmar de Él, con tanteos pero resueltamente, lo que su monoteísmo intransigente rechazaba completamente, y lo que cualquier concepción de Dios no puede aceptar, a no ser que modifique profundamente la creencia en Dios que el instinto religioso humano hizo nacer? No cabe duda de que la afirmación de la trascendencia de Jesús implica una

renovación completa del concepto humano de Dios a fin de que resulte pensable.

Para prepararnos a entrar en ese posible conocimiento interior de Jesús y, por tanto, en la relación con él que nos resulte accesible, nos vemos llevados a empezar meditando en los diferentes niveles que nuestro encuentro con el otro puede presentar. Meditación que, evidentemente, se apoyará en la antropología renovada permitida por una toma de conciencia lo más honda posible de nuestra condición humana; toma de conciencia que haremos partiendo de nuestra experiencia vivida y no de consideraciones filosóficas.

II

De lo que se trata es del encuentro con el otro en cuanto es él mismo. Pues, si quiero actuar como persona humana, ése es el nivel en el que debo intentar situarme. Está claro que existen otros niveles en los que encontrarse con el otro es más fácil. Son las relaciones más frecuentes. Tan frecuentes que, a menudo, son las únicas que conocemos. Y entonces, cuando esos encuentros llenan la historia del hombre, le dejan fundamentalmente vacío pues el hombre es más que un lugar desierto por el que nadie circula, más que un cruce de caminos que un día se convierte en pasado, más que un nudo de relaciones que mañana desaparecerán en el olvido.

Puedo encontrarme con el otro al nivel en el que ejerce una función en la sociedad. Entonces, lo que veo de él no es más que la función con la que está revestido y que me ha servido de ocasión para encontrarlo. Tengo presente no al hombre que él es sino al funcionario de una acción que la sociedad ejerce respecto a mí.

También puedo encontrar al otro al nivel en el que origina un acontecimiento importante para mí, dadas las consecuencias que comporta. En cuyo caso sólo lo percibo en la medida en que, por su comportamiento, es la causa de algo que me ha afectado desde el exterior.

Hemos de reconocerlo: en la mayoría de nuestros encuentros, sólo percibimos al otro como causa o como agente. Por eso, la comprensión profunda de lo que el otro es en sí mismo no suele originar tampoco los comportamientos que creemos que debemos tener ante él.

El Buen Samaritano, cuya entrega al herido con el que se encontró en el camino solemos alabar, simplemente cumplió con su deber, con ese deber que se impone a cualquier hombre que se encuentra con otro en una situación peligrosa, como aquí es el caso... Sí, el encuentro con el herido pudo quedarse en eso, en el plano de una acción que, aun siendo personal, no dejaba de quedarse en la superficie, muy lejos de agotar lo que hubiera podido ocurrir entre ambos.

Pero supongamos que el Samaritano, provocado por el acontecimiento, hubiera entrado en sí mismo: tal vez entonces su mirada hacia el herido habría sido capaz de descubrir al hombre y no sólo a alguien que necesitaba de sus cuidados. Supongamos que sí, que lo vio en su realidad humana (el accidente que sufrió el herido, por importante y grave que haya podido ser en su historia, en el fondo no era más que un incidente...). Entonces, sus comportamientos hacia el herido se habrían impregnado de una “presencia” que, sin cambiar la materialidad de los cuidados prodigados, además de la utilidad de éstos, les habría dado una fecundidad... Fecundidad que no sólo habría facilitado indirectamente su eficacia corporal sino que habría “tocado” y confortado el corazón de ese hombre agredido sobre el que probablemente pesaba gravemente la crueldad de quienes le habían atacado y el miedo que le había embargado.

“La manera de dar vale más que lo que se da”, dice un proverbio. Es fácil decirlo pero, ¿quién sabe la manera de dar que cada situación reclama si uno no la descubre por sí mismo? En su particularidad concreta, depende tanto de lo que uno es esencialmente que nadie puede enseñarla de un modo directo y eficaz. Por eso, descubrir al otro como es en sí mismo, más allá de la función que ejerce y de la acción cuyo autor es, supone cruzar un verdadero umbral en el camino hacia la

propia humanidad. Y esto sólo uno mismo puede hacerlo. No es algo que se aprenda. Sólo la presencia de alguien que ya lo haya cruzado puede ayudar indirectamente. Pero, aun en ese caso, hace falta que uno sepa acoger dicha presencia de forma conveniente.

Este umbral presenta unas propiedades singulares, que sin embargo, son comunes a todos los umbrales que la vida espiritual experimentará al desarrollarse y profundizarse. Nuestra muerte, que también podría ser, a pesar de las apariencias, un umbral de la vida espiritual -el último-, también las posee...

Estos umbrales son desconocidos antes de ser cruzados. Antes de cruzarlos, lo más que se puede hacer es conocer su existencia de modo verbal y, en definitiva, inútil si algo distinto no interviene. De manera que, cuando uno los cruza, lo hace sin haberlo proyectado y sin darse cuenta. Únicamente después se descubre su importancia. Importancia que se manifiesta tanto mayor cuanto más lejos se avanza por el camino abierto ante nuestros pasos.

Hablemos de otro umbral importante en la vida del hombre. Un umbral que muestra que no es necesario un encuentro físico para que la aproximación al otro pueda progresar.

Durante mucho tiempo, el hijo sólo ve a su madre a través del papel que ésta ha tenido en su favor: primero, ese acontecimiento singular que es entrar en la vida, y, después, esa larga sucesión de atenciones y de cuidados que colocan a la madre en un lugar único ante su hijo. Y, aunque la madre haya desaparecido hace muchos años, cuando el adulto esté suficientemente interiorizado, un día (tal vez con ocasión de la relectura de alguna de sus cartas, o de una nueva mirada a una fotografía suya) en su madre descubrirá a la mujer que ella fue, cuya maternidad -por la que él vino al mundo- sólo fue un acontecimiento más en la vida de esa mujer, sin duda especialmente feliz, pero no el único, pues ella había vivido muchas otras situaciones... ¡Cuántas circunstancias apenas conocidas por él pero adivinadas a partir de su propia experiencia, le ocurrieron a su madre, ya sea para gozo o para sufrimiento!... Este es el momento en

el que el hijo encuentra a su madre al nivel en el que fue ella misma. Encuentro que el hijo hará a la medida de su madurez humana y de su experiencia de la condición del hombre.

Sí: cuando el hombre habrá sabido descubrir su propio pasado mejor que como una mera sucesión de situaciones y de acontecimientos; cuando en los tiempos de luz se hará presente a sí mismo por medio de una visión totalizante y global de su propio pasado (visión que le mostrará su consistencia, su unidad, su singular realidad), entonces es cuando será capaz de hacer una aproximación tal de su madre (y, en general, de cualquier persona que verdaderamente haya entrado en su vida) que, gracias a su íntima proximidad, superará, con mucho, los simples conocimientos –tan pobres en definitiva– ofrecidos por su memoria o por algunos documentos.

Entonces, a los ojos de este hombre, el otro ya no quedará reducido ni identificado con sus comportamientos ni con su situación. Más allá de estos comportamientos y de esta situación, existe una realidad incognoscible que, sin embargo, uno puede “reconocer”; “reconocer” más allá de cualquier conocimiento, aunque dicho “reconocimiento” deba edificarse a partir de esos conocimientos, en cierto modo indispensables. A partir de ellos, pero necesariamente también a partir de sí, y, por eso, el reconocimiento que uno puede alcanzar del otro en su misterio, pasa por el reconocimiento del misterio propio. ¿Y no habrá que añadir que ambos “reconocimientos” se ayudan mutuamente a desarrollarse, y que tanto mejor lo harán cuanto más, entre ambas personas, se den unas relaciones nacidas no sólo de la sangre o de una larga frecuentación sino, sobre todo, de una profundidad humana que será tanto más capaz de intuiciones y rica de universalidad cuanto más haya avanzado cada uno en su humanidad?

Así es como la raza humana solicita la comunidad de los hombres para ir llegando a su cumplimiento. Comunidad que se desarrolla gracias a la promoción espiritual de cada uno de sus miembros. Para un cristiano, esta promoción está íntimamente ligada a su encuentro per-

sonal con aquél que, por lo que vivió, es el “primogénito” de esta comunidad, y que, por su presencia en sus discípulos, se ha convertido en el fermento que los hace crecer.

III

Tenemos muy pocos conocimientos históricos acerca de Jesús. Ya no podemos tener, como antaño, un cúmulo de certezas a su respecto fundándonos en la exactitud de los hechos y de las palabras consignados por las tradiciones que se fueron perpetuando y desarrollando durante los primeros años de la era cristiana. A pesar de la memoria (especialmente poderosa, por cierto, en pueblos de civilización fundamentalmente oral), al plasmarse bajo la presión de las evidencias de la época, de sus temores y expectativas, y a través de los temperamentos de quienes se constituyeron en heraldos de la nueva religión, aquello que los discípulos oyeron, vieron y comprendieron de Jesús, transmitido de boca a oído antes de quedar consignado por escrito, se vio enriquecido con unas imaginaciones tanto más pregnantas cuanto que giraban alrededor de cuestiones capitales para el hombre; y fue seleccionado, arreglado y desarrollado bajo la germinación tanteante de las doctrinas nacientes; además de que nos ha llegado en numerosos textos entre los cuales una tardía elección distinguió los escritos canónicos de los apócrifos, aunque tanto unos como otros, sin distinción, fueron, sin duda, el alimento de los cristianos durante los dos o tres primeros siglos.

Ante semejante complejidad, a la que hay que añadir, en muchos casos, la traducción a una lengua -el griego- que tenía un genio muy distinto del de la lengua original, (traducción cuya fidelidad era tanto más difícil de lograr cuanto que los textos estaban muy sutilmente trabajados y versaban sobre temas profundamente relacionados con la realidad humana tomada en toda su riqueza y ambigüedad), parece que la tentativa de conocer con exactitud la vida de Jesús está definitivamente abocada al fracaso.

Está sin duda abocada al fracaso, a pesar de los innumerables trabajos que intentaron levantar el velo de ese pasado que se presentía de capital importancia, dado lo que se siguió de él; y a pesar de que las investigaciones estuvieron llenas de ingeniosidad y fueron llevadas a cabo con un abanico importante de métodos diferentes y de técnicas cada vez más perfeccionadas. A pesar de todo –y aun cuando, en semejante investigación, los resultados obtenidos hubieran sido de lo más concluyentes desde el punto de vista histórico–, tendríamos que asegurar que dichos resultados no conducirían necesariamente a la fe que tuvieron los primeros discípulos, pues muchos de sus contemporáneos también fueron auditores y espectadores de lo que Jesús dijo e hizo y esto no les provocó ningún arranque de fe...

Y, sin embargo, estos estudios son capitales, aun cuando los resultados obtenidos nos parezcan ridículos en comparación no sólo con lo que antes se sacaba con toda seguridad de las Escrituras sino también con lo que luego se creyó poder esperar de ellos. Son ciertamente necesarios –aunque insuficientes– para crecer hacia una fe más adulta. Aquellos creyentes que sean capaces de seguirlos, de soportar las cuestiones que plantean, de apropiarse de las consecuencias que de ellos se desprenden, encontrarán en ellos una purificación que volverá más vigorosa e irradiante su fe, heredada de pasados siglos, más auténtica la manera de vivirla hoy y más exactas las decisiones que su fidelidad les permite y que las necesidades y posibilidades de la época les reclaman.

Pero, además, es preciso que estos estudios e investigaciones sean llevados a cabo por personas que hayan asumido y profundizado suficientemente en su humanidad, a fin de que sean capaces de presentir la capital importancia de sus trabajos para su propia vida. Sin gravitar para nada sobre el rigor de sus deducciones (que, en semejante materia, sólo pueden conducir a probabilidades pese a que siempre se tiende a erigirlas en certezas), no sólo la maduración humana sino también el acceso a lo más original del movimiento de fe propiamente dicho son de rigor en los autores de estos estudios e investigaciones. ¿No es posible sugerir, acaso, que los exigentes estudios requeridos por las técnicas que se utilizan en estos trabajos no conducen nece-

sariamente a dicha interioridad, y que, por el contrario, ésta es desechada muy pronto como pura subjetividad a superar? Y, sin embargo, sólo en esas condiciones que decimos los estudiosos podrán hacer una obra constructiva separando los orígenes antiguos de ciertos elementos contingentes que les permitieron nacer, desarrollarse y propagarse, pero que ya no corresponden a las necesidades, exigencias y posibilidades espirituales de nuestra época. Sólo esta clase de especialistas podrá hacer que sus trabajos sean de provecho para aquellos creyentes que no disponen de medios para semejantes investigaciones y cuyo primer impulso, ante unos resultados tan modestos y a veces tan turbadores, tan decepcionantes o que tanto les escandalizan, consiste en volverles la espalda, despreciarlos y adherirse ciegamente a unas creencias –hasta perderse en ellas– que, sin embargo, ya no se adaptan a su universo mental, que es el de su generación, y esto sea cual sea la cultura personal que tengan.

Pero todavía es preciso algo más. Cada investigador, partiendo de sus trabajos, debe intentar hacer una lectura del Nuevo Testamento que le permita alcanzar (más allá de la literalidad del texto y en la medida de sus posibilidades) la realidad espiritual que sostenía la actividad creadora de aquellos autores: una actividad inseparable de su propia vida de hombres y de discípulos; e inseparable también de la comunidad de la que participaban y de la que eran su “verbo” así como sus “maestros”. Estas Escrituras no son obra de filósofos o de maestros espirituales, aun cuando cierta filosofía y cierta “sabiduría” estén presentes en ellas y hayan gravitado sobre ellas con un peso considerable. Aunque sin duda son textos catequéticos y a veces litúrgicos, en lo esencial son un fruto lentamente madurado por unos hombres de fe cuyo fervor (abstracción hecha de todo cuanto se le haya podido adherir de subjetividad) supera cualquier idea que nos podemos hacer a no ser que algo de la misión que habían recibido nos marque también a nosotros.

Es verdad que las Escrituras han perdido a nuestros ojos aquella aureola de absoluto con la que antaño se las revestía considerándolas (de una manera tan realista que llegaba a ser materialista) como

Palabras o bien dichas por Dios y escuchadas por algunos seres elegidos de entre la multitud, o bien dictadas por Él y “registradas” de forma mecánica por “instrumentos” creados para ello. Pero esto no impide que lo que extraemos de esas Escrituras contenga toda la dimensión de nuestra realidad humana; de esa realidad humana en la que se concentra todo cuanto hemos vivido en el pasado, aun de forma inconsciente (y tal vez debamos remontar más allá de nuestro pasado individual hasta el linaje del que hemos salido), y todo lo que llegaremos a ser si nuestra fidelidad permite que se vayan realizando todas nuestras potencialidades. Y el porvenir, ¿no depende de esta realidad humana nuestra, aunque sea en una ínfima medida?

Esta obra, para cuya realización –según lo que a cada uno le ha sido dado y pedido– la vida entera no es demasiado larga, los cristianos ¿la podrán llevar a cabo solos, aun cuando necesariamente la tengan que hacer de un modo personal? El fruto de la comunidad cristiana de los orígenes contiene una semilla que ordinariamente no puede germinar más que en la comunidad de fe de unos hombres que pertenecen plenamente a su propia generación. Esas comunidades, cuyos miembros están de camino hacia su propia humanidad y en camino hacia el discipulado, gracias a un conocimiento interior de lo que Jesús vivió y fue (conocimiento más hondo y apropiado a lo mejor que les habita y tan distinto de un conocimiento sistematizado y fijo)... Eso que Jesús fue, pertenece a un orden que no depende del espacio ni del tiempo y es con lo que los cristianos pueden nutrir su ser y su fe, sea cual sea la época y el lugar en el que habiten.

Por eso, en cada generación, nacen algunos cristianos para quienes Jesús no es sólo el que tiene la función de salvar a los hombres (y sin el cual éstos estarían condenados a la perdición), ni aquél Dios encarnado -en la persona de su Verbo- tal como lo enseña la doctrina de sus Iglesias. Para esos cristianos, Jesús es, ante todo, alguien del que poco a poco, a lo largo de los días, respetando los ritmos y cadencias de la propia vida espiritual, van adquiriendo un conocimiento interno más penetrante; conocimiento que se lo hace presente con una

presencia muy pregnante, aun cuando él pertenezca a un pasado muy lejano y a una civilización tan diferente.

Jesús, “verdadero Dios y verdadero hombre”. Ordinariamente esto se suele entender como calificativos de Jesús. Pero aquí, semejantes términos llevan a estos cristianos a afirmar que, en la humanidad de Jesús, empiezan a “ver” a Dios de una manera muy distinta a como el instinto milenario que les hace ser “religiosos” se lo hace concebir. Y también les hace vislumbrar, gracias a lo que adivinan de la vida de Jesús y de su manera de caminar, una vía hacia sí mismos muy diferente de aquélla hacia la que les orientarían sus expectativas y deseos espontáneos.

IV

En esta última parte de mi exposición, quiero deciros, en forma muy resumida y por tanto muy parcial, algunos aspectos de la vida de Jesús que creo vislumbrar a través de las Escrituras.

¿Habré de insistir en lo que estas perspectivas presentan inevitablemente de personal, y por tanto, de subjetivo? Estas perspectivas guardan una relación lejana pero real con lo que he sido llevado a vivir, y también puede que me haya adherido a ellas porque, tal vez, me sea dado conocerlas. Y tienen la ventaja de ayudarme a que Jesús me esté presente de una manera no sólo verbal, o sentimental, o cerebral. Es cierto que semejantes perspectivas no tienen por qué ser las de otros cristianos que también sean creyentes de fe y discípulos. Muy probablemente éstos seguirán otros caminos. Pero, ¿puedo afirmar que, sean cuales sean los caminos tomados, conducen a la misma fe en Jesús?

En primer lugar, voy a referirme a tres relatos que me hacen vislumbrar en Jesús una progresiva toma de conciencia de su misión.

La subida al Templo cuando tenía doce años, su carácter, su independencia, su interés por las cuestiones religiosas, su manera de hacer

que éstas pasaran por delante de cualquier otra consideración, con esa iniciativa que, a su edad, no está muy conforme con la obediencia debida a sus padres...

Doce años es la edad en la que el niño que cada uno de nosotros hemos sido comienza a desprenderse del molde familiar; en la que ese niño aún no ha sido turbado por la maduración de su naturaleza; o, tal vez, esa edad en la que ya tuvo una especie de preconsciencia de lo que más tarde tendría que vivir, por muy infantil y condicionada que dicha preconsciencia pudiera estar entonces... Cuántas vocaciones religiosas han nacido a una edad semejante...

El encuentro con Juan Bautista. Prescindo de todo lo maravilloso que, en las Escrituras, compone el cuadro y que, según me parece, a menudo oculta lo esencial. Me refiero a la palabra que desciende del cielo, a la paloma que planea sobre Jesús... No cabe duda de que, para los autores inspirados, era un símbolo. ¿También para las primeras generaciones cristianas? Una lectura fundamentalista de las Escrituras, al materializar lo que expresan a su manera, se adhiere a lo extraordinario y, en vez de conducir a lo esencial, nos distrae con lo accesorio... Entregarse a lo maravilloso y encontrar ahí, de forma objetiva y casi racionalista, una certeza y una seguridad tiende a que nos olvidemos de profundizar nuestra humanidad y a que nos aproximemos a Dios como si fuera un ídolo.

Sin embargo, ¡cuántos de nosotros hemos sido despertados a la vida espiritual de forma decisiva gracias al encuentro con alguien que nos había precedido en el camino que teníamos que tomar y del que hasta entonces no teníamos ni idea! ¡Y eso a pesar de que mañana iremos más lejos por ese camino que él nos ha abierto!

La lectura del famoso texto de Isaías que hizo Jesús en la Sinagoga de Nazareth. Jesús, al menos, sabía leer. ¿Habrían sido capaces de leer ese texto muchos habitantes de su aldea? Tal vez carpintero, notable posiblemente... Esta lectura, ya leída muchas otras veces, probablemente oída a menudo –tenía alrededor de treinta años– ¡qué revelación

tan increíble, y, sin embargo, de una evidencia sin apelación! ¡Qué intuición! Y, sin embargo, vista desde fuera, tenía todas las características de una subjetividad sospechosa... Pero él la percibía como una realidad tan imperiosa que, según parece, le decidió a abandonar su pueblo y partir por los caminos de su país. Guardadas las proporciones, ¡para cuánta gente, que fructificó más allá de todas las perspectivas pensables, una determinada lectura en un cierto momento se convirtió en la ocasión de una conversión decisiva, aunque subterráneamente hubiese ido preparándose desde tiempo atrás, conversión de la que dependía el sentido y el logro de su vida!... ¿Acaso no existen textos que sugieren, a aquéllos a quienes se les abren, mucho más de lo que sus autores pensaban? Se vuelven revelación porque dan a esos lectores la ocasión y la posibilidad de descubrir su misión y de impregnar su vida con una presencia que, a su vez, la volverá reveladora...

Aún os voy a presentar tres temas de meditación inspirados por la vida pública de Jesús, según lo que el Nuevo Testamento dice de ella. Se trata de tres tentaciones que él superó, y de tal calibre que el hecho de no haber sucumbido a ellas, no sólo da una originalidad y un alcance singular a su enseñanza sino que también le da la posibilidad de una universalidad tal que desconoce los límites que imponen a cualquier vida los tiempos y el lugar.

Esta resistencia sin fisuras manifiesta a mis ojos las dimensiones de su comunión con Dios, de su intimidad con Él, dimensiones que no me parecen solamente humanas. Veinte siglos de cristianismo nos enseñan que las Iglesias, cada vez que se encontraron con estas tentaciones, desgraciadamente sucumbieron. Y, ¿quién de nosotros no ha hecho lo mismo cuando se nos presentó la ocasión? No me estoy refiriendo al texto de las Tentaciones del Desierto (aunque sin duda dicho texto guarde relación). Voy a partir, simplemente, de mi experiencia humana.

La tentación del éxito. Esa capacidad de curar que en ciertos momentos tenía Jesús y que confirmaba el texto de Isaías, ¿no era la

señal que indicaba el camino a seguir? Curar los cuerpos, vencer la desgracia, y, sin ir más allá de la Ley y de la predicación de Juan Bautista, preparar la conversión de los corazones y conducirles a ella... ¡Cuánto más fácil habría sido y qué fácilmente aceptado y comprendido por todos, desde el más grande hasta el más chico! Pero entonces, Jesús no habría sido sino el mayor sanador de la Historia, del que más tarde sólo se habrían ocupado los historiadores... A través de los siglos, él no habría sido más que un objeto de erudición... El pragmatismo siempre existió en las Iglesias, latente y discreto, a la sombra de la Doctrina... Lo que tiene éxito, viene de Dios. La política hábil forma parte de las armas de la Misión. El número es indicio de calidad y la mide con su vara. La popularidad de una autoridad religiosa, incluso de un simple misionero, el éxito de un lugar de peregrinación, la eficacia social de un Concordato, son garantía de la fecundidad espiritual...

La tentación del poder. Tal vez fue la que más le tentó. Ser el liberador victorioso de Israel por la fuerza del motín, aprovechando la inmensa influencia sobre el pueblo que le daban sus milagros. Cuando la muchedumbre quiso hacerle rey, ¿de quién huyó más? ¿De la multitud, o de “eso” que en tales circunstancias le solicitaba violentamente? En esas horas vehementes, entrar en comunión con lo más íntimo de sí, allí donde Dios mora, para que no le arrastre la ocasión de ser el “hombre providencial”, y para poder ver lo utópicas que eran aquellas ilusiones tan fundadas en la tradición religiosa de siempre... Si se hubiera prestado a semejante empresa, no habría sido más que el Mesías político-religioso prometido por los profetas y esperado desde siempre... Un Alejandro Magno judío... ¡Cuántos cristianos han sucumbido a esta tentación! ¡Cuántos predicadores han sido así deportados por sus auditores, por las esperanzas inquietas de los fieles que ante todo buscan seguridad y certidumbre en la religión...! ¡Cuántas veces les ha pasado lo mismo a las autoridades religiosas tentadas por las preocupaciones políticas y económicas de sus “polluelos” mejor situados socialmente! En fin, cuántas veces las Iglesias usaron del poder secular para asegurar su propia situación

ventajosa, valiéndose para ello de las sanciones “espirituales” más graves... Esta historia de veinte siglos de cristianismo está tan desfigurada con todo esto... Incluso el presente, a pesar de la impotencia en la que la Iglesia está sumida, está tan cargado de ese deseo...

Pero aún queda una tercera tentación: la de la impaciencia, que acompaña –como su sombra- a la desesperación. La obra emprendida por Jesús, primero en la línea de Juan Bautista, pero después cada vez más amplia, más difícil, más exigente, tanto para el que la conduce, como para los que se abren a ella, encontrándose con una oposición cada vez mayor hasta escandalizar profundamente... ¿Será capaz de llevarla a término? Necesitaba Jesús una fe sobrehumana para seguir creyendo en una misión cuya imposibilidad radical se iba haciendo manifiesta, para perseverar en el convencimiento de que no había otro camino que fuera capaz de hacer avanzar a lo largo del tiempo esa obra... Sí, sólo esta lenta andadura, paso a paso y sin volver la vista atrás, con esta decisión que casi parece tozudez...

Desde hace veinte siglos sigue siendo igual. Es verdad que las Iglesias apenas conocieron la tentación de la impaciencia, dada su confianza orgullosa, pero ¡cuántos cristianos sucumbieron a ella, cristianos que se encontraban entre los mejores! Abandonaron su comunidad eclesial y se fueron desvaneciendo en la desesperación...

Aún deberíamos desarrollar muchas otras consideraciones sugeridas en la hora actual por la lectura del Nuevo Testamento, hecha a la luz de nuestra vida espiritual. Pero no podemos hacerlo aquí. Sin afirmarlas claramente, como lo hacía con atrevimiento la catequesis -cuyo eco llegado hasta nosotros es el Evangelio que nos queda-, todas estas consideraciones pueden hacer entrever –a quien sabe vislumbrarla- la singular cualidad humana de Jesús, en comparación con esa humanidad que nosotros conocemos. Nos inclinan a reconocer en él un misterio que nos trasciende, aunque no tanto como para que no podamos percibir su existencia... Lo que pasó en sus discípulos después de la muerte de su Maestro es su confirmación tan esplendente como oscura. Oscura, ya que todo eso nos resulta extraño a nuestros ojos, y así

debe ser, para que cobre su dimensión exacta y nos impida cualquier deducción falsa. Esplendente, dada la eficacia incomparable que tuvo en su momento, y la fecundidad sin medida para el porvenir...

¡Cuántas cuestiones se plantean a este respecto, cuestiones a las que una doctrina demasiado fácilmente elaborada les quita su filo y esteriliza sus frutos! ¿Cómo fueron conducidos sus discípulos a que se les transformara en loca esperanza el abismo de desesperación en el que se habían sumergido tras la muerte de Jesús, e incluso antes, en las horas de su arresto? ¿Fue “en el cuerpo o fuera de su cuerpo” donde vieron vivo a Jesús, ellos que habían creído en Jesús hasta el fondo, a pesar de todos los obstáculos con que se habían encontrado, tanto en ellos mismos como a su alrededor? ¿Hasta qué nivel había penetrado Jesús en el trasfondo de su humanidad, más allá de toda conciencia posible, para quedar transformados hasta tal punto que en sus vidas de apóstoles ya no conocerán las incertidumbres ni los amedrentamientos, los miedos y las espantadas que los Evangelios cuentan sin discreción, y que tanto debieron hacer sufrir a Jesús, y le tentaron a dudar de sí mismo y de su misión?

¿Y qué decir de la fecundidad que sigue manifestándose en las Iglesias, desde el comienzo y a lo largo de todas las generaciones, entre aquellos cristianos que creen con fe y así van convirtiéndose en discípulos, a pesar de que no tuvieron la ocasión ni los medios de explicitar su comprensión de Jesús como ahora es posible y necesario hacerlo, para seguir siendo creyentes y avanzar en ese camino, y no quedar paralizados en el “tradicionalismo” de una práctica exacta? Es verdad que todo esto también es complejo y ambiguo, pero hay frutos que permanecen. Esos frutos muestran que la savia que los ha nutrido y que el calor que los ha madurado, no brotaban solamente de las iniciativas que están totalmente a disposición del hombre, ni sólo de la eficacia de sus técnicas.

Y para terminar, séame permitido insistir en un punto que me parece capital para el futuro de la fe, y que tiene que ver con el logro de la misión inaugurada por Jesús. Me refiero a una cuarta tentación

que engloba a las otras tres. Es la tentación de la facilidad. Consiste en materializar esa obra esencialmente espiritual que es la de la Iglesia, a fin de que el mensaje se vuelva más accesible y tenga mayor éxito ante las multitudes, estableciéndolo con poder y con mayor rapidez. Nuestra mentalidad racionalista, que no es de hoy ni de ayer, y que tal vez esté en la raíz de nuestro instinto religioso visceralmente arraigado en nosotros desde hace milenios, tiene siempre la tendencia a convertir lo espiritual en algo objetivo, comunicable, enseñable, imponible, dando primacía a lo que al hombre se le presenta desde fuera, y no a lo que puja en él por las secretas vías de la interioridad. Nuestra lectura de las Escrituras ha quedado contaminada por esta tendencia que nos lleva a mirar sin ver, y a oír sin entender, mientras que la fe hace ver lo que no es audible, y oír lo que no es entendible...

¿Acaso no se dio ya esta misma tendencia en la redacción de las Escrituras, condicionada sin duda por la cualidad humana de aquéllos a quienes estaban dirigidas? Yo no me atrevería a responder a esta cuestión con la negativa...

Sea lo que sea, me parece que la crisis que actualmente experimentan nuestras Iglesias y cuyas causas se remontan muy lejos en el pasado (si es que no llegan hasta los mismos comienzos de la era cristiana) sólo podrá ser resuelta cuando una toma de conciencia más positiva del misterio que cada uno de nosotros somos en nuestra individualidad única –toma de conciencia más realista, más vivida, y no solamente más racional– permita a muchos una aproximación al misterio de Jesús, a través de las Escrituras. De esta forma, darán todo su alcance a la doctrina que se ha ido elaborando a lo largo de los siglos sobre Jesús, pues habrán descubierto nuevamente la secreta inspiración que elevó a sus autores por encima de sí mismos. Entonces, nuestra fe en Jesús ayudará y dará forma a nuestra vida espiritual de una manera específica, y permitirá que nuestra fe en Dios se desprenda, en lo posible, de lo que instintivamente lleva a los hombres, sean los que sean, a creer en alguna divinidad cuando se ven amenazados de derrota y de naufragio. Por otra parte, ante las dimensiones

impensables del Cosmos, cuando el hombre intenta situarse en esta inmensidad, él, tan ínfimo y efímero, ¿podrá escapar de cierto panteísmo que hace del Universo un Absoluto, si él no se descubre siendo de una grandeza singular y necesaria, grandeza que su fe en Jesús autoriza, y que da sentido a lo que sin él parece consagrado a lo indefinido del devenir...?